

BIBLIOTECA



TERROR



TERROR

Robert Bloch

Su cabeza cayó hacia atrás y dejó escapar un sonido ronco. La linterna cayó al suelo, la luz se apagó y ambos nos encontramos sumidos en la oscuridad. Pero él no necesitaba luz para hacer su trabajo, que era morir. Y yo tampoco luz para llevar a cabo el mío, que era matar. Sus pies se levantaron del suelo un momento y después volvieron a bajar. Parecía una marioneta, un muñeco colgando de un hilo, un higo. La figura grotesca de quien desea librarse de este mortal abrazo: la danza de la muerte.

Después quedó inerte en mis brazos, flácidos en la oscuridad. Lo dejé caer al suelo, a los pies de Kali. Fue un pobre sacrificio, pero ofrecido con lucha. La sangre no se había derramado. Yo serviría. Entonces lo supe.

Después de esto no quedaba otra cosa más que hacer que tomar a Kali y salir de allí, siguiendo el mismo camino por el que había entrado. Juntos nos marchamos envueltos en la noche Kali y yo: yo y la Madre del Crimen.

La primera víctima

Desde el momento en que la vi, supe que tenía que conseguirla.

Tenía que poseerla aunque para ello tuviera que morir, incluso aunque otros muriesen por su causa.

Estaba sentada allí, en las sombras, mirándome, y su rostro parecía ensombrecido de misterio. Sus ojos ciegos lo veían todo.

Miré sus joyas, las resplandecientes gemas de una diosa. Alrededor de su cuello colgaba un collar de cráneos humanos. Sus zarcillos eran cuerpos colgantes, su cinturón, una enrevesada jungla de serpientes acariciadas por las manos de los muertos. Sus mejillas y pechos estaban bañados en la brillante belleza de la sangre.

Sus cuatro brazos se elevaban en oscuro diseño. Una mano sujetaba una espada, otra, una cabeza humana. La tercera buscaba el cielo y la última señalaba el infierno.

Descansaba eternamente entre los dos lugares, observando a los hombres conforme pasaban en una u otra dirección. Inocentes o culpables, todos eran iguales para ella. A cada uno exigía una sola dádiva.

La dádiva era sangre.

Y, sin embargo, esa sangre no debía derramarse. Había otra forma de sacrificio, la vieja costumbre de la ofrenda... con las manos. El ritual de esa ofrenda era rápido y silencioso, ingeniosamente concebido.

Yo sabía cómo, y no sentía miedo.

No tenía miedo porque ella era mi madre y la madre de toda la humanidad. La Madre Oscura, Kali Mai... Kali, la

diosa de cuatro brazos y horrible figura, esposa de Siva el Destructor. Kali, la Madre Negra del Misterio.

Estaba sentada allí en las sombras, observándome, y supe que había estado esperando mi llegada. Sólo tenía que adelantar las manos y tomarla para mí.

Entonces oí el ruido del otro lado de la puerta.

Apagué la linterna y me pegué contra la pared. Hubo un momento de silencio, y después se volvió a percibir. Fuera, en el vestíbulo, sonaron unos pasos.

Avancé pegado a la pared hasta colocarme detrás de la puerta.

Entonces ésta se abrió de golpe. El haz de luz de otra linterna penetró en las sombras y posó su brillo sobre el rostro de la diosa. Sus rayos recorrieron el suelo y desempolvaban el techo, pero yo permanecí detrás de la puerta en la oscuridad.

Por un momento pensé que la luz desaparecería. Pero no fue así y una voz de hombre gritó:

—¿Hay alguien ahí? —Era la voz de un tonto y la pregunta de un tonto.

Sin embargo, el tonto quería una respuesta. Al menos la deseaba tanto como para entrar en la habitación, oscilando la luz de su linterna. Había colocado mi lámpara en la cintura, de modo que tenía las dos manos libres.

Pude distinguir la silueta de un hombre contra la ventana. Era pequeño, encogido y viejo. Un vigilante. Los vigilantes no me estaban prohibidos y me alegré de eso.

Me alegré porque antes o después daría la vuelta y la luz de la linterna caería sobre mí. Y cuando eso ocurriese, yo entraría en acción. Me moví detrás de él, con el corazón libre de miedo y las manos llenas de fatales propósitos.

No podía fallar. La Madre Kali me estaba observando. Ella juzgaría después si había yo merecido poseerla esta noche.

Kali observaba, pues, y al levantar la vista para mirar sus ojos ciegos, encontré la fortaleza que necesitaba.

El vigilante iba a volverse ya, pero yo me moví primero. En tres pasos estuve junto a él.

Adelanté las manos.

Su cabeza cayó hacia atrás y dejó escapar un sonido ronco. La linterna cayó al suelo, la luz se apagó y ambos nos encontramos sumidos en la oscuridad. Pero él no necesitaba luz para hacer su trabajo, que era morir. Y yo tampoco para llevar a cabo el mío, que era matar.

Sus pies se levantaron del suelo un momento y después volvieron a bajar. Parecía una marioneta, un muñeco colgando de un hilo, un higo, la figura grotesca de quien desea librarse de este mortal abrazo: la, danza de la muerte.

Después quedó inerte en mis brazos, flácido en la oscuridad. Lo dejé caer al suelo, a los pies de Kali. Fue un pobre sacrificio, pero ofrecido con lucha. La sangre no se había derramado. Yo serviría. Entonces lo supe.

Tomé mi linterna y la enfoqué de modo que el rayo de luz bañase el negro semblante de la diosa. Rompí el cristal de la caja con la otra linterna, tomando la precaución de sujetarla con un pañuelo enrollado en mi mano.

Después de esto no quedaba otra cosa más que hacer que tomar a Kali y salir de allí, siguiendo el mismo camino por el que había entrado.

Juntos nos marchamos envueltos en la noche. Kali y yo; yo y la Madre del Crimen.

Y así fue como empezó todo...

Así fue como empezó todo, pero no terminó aquí. Incluso entonces supe ya que pronto tendría que volver a matar.

Tendría que matar por Kali...

Capítulo I

Todo empezó de forma bastante corriente.

La fecha era el primero de octubre —no lo olvidaré ni aunque llegue a los cien años, y para eso faltan ochenta—. De todos modos, dudo que vaya a vivir ochenta años más. Esos ocho días que empezaron el primero de octubre casi terminaron conmigo.

El primero de octubre. Veamos ahora, ¿cómo empecé el día? Ya saben que no es fácil recordar las cosas con detalle. Parece fácil y suena fácil, pero si alguna vez se sientan y tratan de repasar todo lo que ocurrió en un solo día, encontrarán muchas dificultades. Y traten de hacerlo alguna vez cuando un detective está respirando junto al cuello de uno.

Pero eso vino después. La mañana del día primero de octubre, yo no pensaba en detectives. Creo que no pensaba en nada. Excepto puede que quizá preguntándome si el tiempo se mantendría bueno hasta que terminase la veda para la caza de patos.

No es que yo tuviera muchas oportunidades de ir a cazar patos. Tracy me tenía demasiado ocupado para poder hacerlo.

Quizá sea mejor que deje todo eso ahora y que les diga mi nombre, que es Jay Thomas, y que mis padres han muerto, y que mi tía —ésta es Tracy— me adoptó y vivo con ella en su tienda. Tiene un negocio de decoración de interiores y antigüedades, y si piensan ustedes que no puede rentar en una ciudad pequeña, todo lo que tienen que hacer es echar un vistazo al *Caddy* convertible en el que se pasea.

Claro que Pointville no es una pequeña ciudad como tantas otras. Tenemos aquí un colegio mayor, y el lago Pono está sólo a tres millas y todas las rameras ricas de Chicago tienen allí sus casas de recreo. Es donde Tracy hace la mayor parte de sus negocios, al menos durante los dos años que llevo trabajando con ella, desde haberme licenciado.

No quiero que me entiendan mal. Tracy era buena conmigo, y me daba suficiente dinero cuando lo necesitaba, y la mitad de las veces me dejaba llevar su *Caddy* en vez de tomar el vagón de la estación, a menos que tuviera que transportar alguna mercancía para ella. Bien; no era más que eso, la decoración de interiores no es exactamente la clase de trabajo en el que se mete un joven. Y me vi envuelto en muchos líos por culpa de esto. Una vez incluso tuve que pelear con un tipo forzado, que casi me envía al infierno ya que no sirvo para nada sin mis gafas.

Ya ven, por eso no me quisieron en el ejército, porque no veía bien.

¿Pero qué tiene que ver el ejército con el día primero de octubre? Supongo que nada. Es difícil recordar las cosas con detalle, y sobre todo cuando todo gira alrededor de lo mismo. Pero lo intentaré.

Desayuné y abrimos la tienda a las nueve. La mayor parte de la mañana la pasé desempaquetando objetos y muestras. Tracy estuvo con la señora Morehouse, la mujer de ese viejo de Morehouse, tratando de conseguir que volviese a decorar su casa de nuevo.

Así que en realidad no vi a Tracy hasta la hora del almuerzo cuando subió. Entonces fue cuando me lo dijo:

—Jay, tengo una cita esta tarde, y temo que estaré ocupada hasta las cinco más o menos.

—¿Quieres que cuide de la tienda?

—No; temo que tendrás que cerrar. Al menos hasta que regreses.

—¿Que regrese de dónde?

—Prometí enviar unas muestras de tapicería a la señora Colton. ¿La recuerdas? Es la que tiene aquella bonita finca y compró aquel sofá.

Así es como Tracy hablaba. Supongo que todas las mujeres hablan igual. Deben de haber unas trescientas rameritas ricas que tienen casas bonitas en Pointville y más tarde o más temprano todas nos han comprado sofás. Pero yo debía recordar a la señora Colton.

—¿Quieres que lleve las muestras allí?

—Sí. Sólo le interesan tres: el tapiz, el de frisa y la tela de monje. Todos en color canela. Creo que elegirá la tela de monje, es la más cara. Toma, te lo he escrito todo, Jay. La dirección, los precios y la cantidad. Dile que si se decide hoy, podemos tener las cortinas hechas y terminadas para fin de mes. ¿Comprendes?

Supongo que dijo eso de «¿Comprendes?» porque estaba sentado con la mirada puesta en mi gato. Era la lógico, ya que ¿quién se va a sentir emocionado por vender a una vieja zorra un montón de tela para cortinas? ¡Y hay que ver el modo en que esas cornejas llegan a alborotarse por una cosa tan simple como ésa! Verdaderos números de producción, horas y horas de parloteo sobre el tono, y la caída, y la calidad, y la decoración, y parece que no pueden llegar a decidirse, y después, finalmente, deciden y se termina el trabajo, y entonces dicen que deberían haber escogido otro dibujo. Ustedes dirán que lo que algunas de esas cornejas necesitan es... pero no importa. Se supone que debo limitarme al día primero de octubre.

Así que dije «Entiendo» y ella me entregó la lista. Recogí las muestras abajo, nada más que baratijas en realidad, porque no solíamos almacenar cosas de precio, a menos que las hubieran encargado.

Miré fuera, el cielo estaba claro y pude ver que las hojas empezaban a cambiar.

—¿Qué hay? —pregunté.

—Sí, Jay. No lo necesitaré esta tarde —dijo Tracy sonriendo, refiriéndose al coche.

Así que tomé las llaves y salí dando la vuelta hacia el garaje, subí al *Caddy* y bajé la capota.

Casi me avergüenzo de lo que sigue, pero cuando uno se encuentra metido en ello, apuesto a que no soy el único que lo hace. Me refiero a aparentar lo que no se es.

Siempre se quiere aparentar cuando se es joven, y nadie piensa mal. Se aparenta ser un *gangster*, o un marino, o un piloto del espacio, y su *scooter* o su bicicleta se convierten en un caballo o un avión o una nave espacial.

Pero resulta diferente cuando se crece, al menos todo el mundo dice que es diferente. De todas formas, como yo digo, apostarí a que no soy el único. No cuando se refiere a algo como *Caddies* convertibles.

Creo que todos sueñan cuando se encuentran detrás del volante. Todos pretenden ser ricos y jóvenes y que se dirigen a algún sitio para pasarlo en grande.

Por eso supongo que no debo sentirme avergonzado por correr por la calle principal con la capota baja, casi recostado en el asiento, con las muestras de tapicería bien escondidas de la vista de los demás, dejando que las jovencitas me miren al aflojar la velocidad ante los semáforos.

Claro que una vez fuera de la ciudad no hay nadie en particular que se fije en mí, pero eso tampoco importa. Apreté el acelerador en la carretera recta y empecé a soñar, despierto, que iba hacia mi casa de verano junto al lago. Tenía una flamante barca motora esperándome, y que, si lo deseaba podía sacarla y probarla toda la tarde. Por otra parte, si me sentía cansado, podía quedarme en casa bebiendo en el bar del cuarto de estar. Ya pueden figurárselo, nada más que *Scotch* y *Drambuie*. Entonces, otra vez, allí estaba aquella rubia esperándome, la rubia alta de piernas largas. Pensándolo mejor, quizá no me entretuviese con la motora ni en el bar. La rubia era del tipo de Marilyn Monroe, sólo que no tan... bueno, tan llamativa. Menos cuando

yo la quería así. Habíamos estado tonteando desde hacía... oh, más de un año, casi desde que la conocí en Acapulco ¿o fue en Guadalajara? No estaba exactamente enamorado, o por lo menos no completamente, pero ella estaba perdida por mí. Un arreglo muy satisfactorio. Todo era de lo más satisfactorio, y puede que incluso cambiase el *Caddy* por uno de esos *Ferraris*. Pensándolo mejor ¿para qué cambiarlo? Teniendo un garaje con cabida para cuatro coches aquí y uno en la ciudad, habría sitio para otro. Además, digan lo que quieran, pero hay algo en el *Caddy*...

El *Caddy* tiene algo que me hizo continuar fantaseando así hasta que me di cuenta de que había pasado de largo por la carretera del lago, dejándola atrás cosa de una milla.

De modo que tuve que dar la vuelta y enfilar el buen camino para continuar entre los árboles, buscando los letreros. Todas esas fincas del lago tienen sus letreros, nombres extravagantes, con los nombres de los propietarios debajo en letras doradas. Pensarán ustedes que cuando un tipo es lo suficientemente listo como para construirse una finca de recreo de cuarenta o cincuenta mil dólares, se le ocurriría un nombre mejor que la mayoría de los que se ven, pero no. Lllaman a sus casas «Vista del Lago», y «Paraíso Tranquilo», y «Posada de Kummon», y «El Final del Camino» y nombres por el estilo. Es suficiente para hacerle reflexionar a uno.

Pero el letrero que yo estaba buscando sólo decía «Colton», y lo encontré al final del camino que conducía al lago.

Me detuve; allí, detrás de los árboles, estaba la casa. Me vi obligado a parpadear porque efectivamente tenía un embarcadero y un garaje para tres coches, quizá para cuatro. A su alrededor había gran cantidad de terreno también y todo pulido y recortado; un verdadero paisaje. La casa misma era toda de piedra con dos chimeneas; una de ellas para el hogar, por supuesto. Salí del coche tomando las muestras y eché a andar por el sendero empedrado.

En el mismo momento que tuve aquellas muestras en mi mano volví a sentirme tonto. No lo podía remediar. Cada vez que iba a casa de alguien rico, me sentía así. No es que me sintiera inferior, sino simplemente tonto. Es un sentimiento que no forma parte de mí. Sólo lo noto cuando estoy en las casas grandes y también en las oficinas importantes.

En aquel momento se había apoderado otra vez de mí. Pasé delante de la parrilla de hierro donde asan carne en las fiestas, justo a un lado del patio de azulejos. Vi los muebles del jardín de hierro florentino, de los que vendemos a cien dólares la pieza. Era a principios de octubre y muchas hojas se habían desprendido ya de los árboles. Pero no sobre aquel césped. No pude ver ni una sola hoja. No había una sola brizna de hierba fuera de su sitio. Parecía como si alguien las hubiera medido con un micrómetro... ¡Diablos!, debían contar las briznas cada noche.

Era perfecto. Eso es lo que me asusta de las rameras ricas. Todo es demasiado perfecto y es mentira. Nada es en realidad así de perfecto, y cuando las rameras ricas pagan rara que las cosas tengan ese aspecto, no hacen más que aparentar, lo mismo que yo cuando sueño despierto. La única diferencia está en que pueden permitirse vivir sus sueños, y supongo que debido a eso me siento tan incómodo.

Me sentí incómodo sólo con tocar el timbre. Por supuesto era muy armónico. Bonito, suave, como campanas de oro que nunca perturban. A los ricos no les gusta que los molesten. Cuando suena el timbre de sus puertas, nunca es para llevarles telegramas que anuncien la muerte de alguien ni peticiones de dinero. Los telegramas que reciben dicen que el nuevo petróleo se produce bien y que se sacan diez mil barriles al día.

Por las cosas que estoy diciendo pensarán ustedes que soy un comunista o cosa parecida. Pero no quiero que ten-

gan una opinión equivocada, es sólo que me siento tonto ante la proximidad de los ricos.

Supongo que mi aspecto también era el de un tonto cuando me abrió la puerta.

—Entre —dijo ella, y permanecí inmóvil durante unos treinta segundos. Inmóvil y mirando. Porque en mi vida había visto muchas rameritas ricas, y tenía una idea bastante buena de lo que ésta sería: baja, gorda, con las cejas pintadas de lápiz y un ondulado artificial de treinta dólares en un pelo que no valdría más de treinta centavos. El pelo blanco con un reflejo azul, probablemente, que hiciera juego con el rostro maquillado: todas las rameritas ricas parece como si hubieran pasado por las manos del dueño de una funeraria cara.

Pero ésta era diferente. Ésta merecía la pena mirarla. Ésta era la rubia de piernas largas con la que había estado soñando.

Tenía más edad que yo, por supuesto, puede que veintiséis o veintisiete, pero no era una corneja. Era alta, y tenía sus propias cejas, y su propio pelo y su propia complexión. Estaba yo deseando imaginar, por la forma en que sus pantalones y jersey se ceñían, que todo fuese suyo. Y mucho de todo.

—¿Viene de parte de la señorita Edwards? —preguntó.

Yo asentí moviendo la cabeza fuertemente. Es difícil decirlo de forma que tenga sentido, pero era la clase de mujer que conseguiría que uno dijese que sí a todo. Si me hubiera pedido que me echase al lago hasta ahogarme, probablemente hubiera asentido con la misma fuerza.

Ann Colton. Me dijo su nombre cuando entramos, cuando nos sentamos en el sofá y miró las muestras. El aparato de televisión estaba encendido, pero ella lo apagó enseguida. Y entonces, antes de tomar las muestras, me preguntó si me gustaría beber algo.

Me fijé que tenía un vaso sobre una mesita, pero dije:

—No, gracias —y ella se limitó a asentir, y entonces miró las muestras.

—La tela de monje, ¿no le parece? —dijo sujetando el trozo junto a la ventana.

Yo asentí. Me estaba convirtiendo en un charlatán.

—Entonces me la quedaré —dijo ella—. Cuarenta y cinco yardas, ¿no fue eso lo que dijo la señorita Edwards?

Volví a asentir. No podía hacer nada. Eso es todo. Ninguna comparación, ninguna protesta, ningún «¿cuál sería mejor?»: Se había decidido y todo estaba arreglado.

—Mi tía dijo que podríamos tenérselo para fin de mes —le dije.

—Oh, ¿es su tía? Eso lo explica.

—¿Qué es lo que explica?

—No tiene importancia.

Encendió un cigarrillo.

—Si lo dice porque no he querido beber y no fumo y estoy metido en el negocio de la decoración de interiores, sé lo que está usted pensando —dije. Se me escapó antes de que en realidad pudiera evitarlo.

Dio una chupada a su cigarrillo y empezó a toser terminando después en una carcajada.

—Bien; ¿tengo yo la culpa? —preguntó ella—. Un tipo como usted, con gafas o sin gafas, metido en tales negocios... no tiene sentido.

De repente recuperé el habla. Puede que fuera debido a su risa, o a la forma en que me habló.

—En este momento me alegro de tener gafas —dije.

Ella dejó de reír y se paró a mirarme.

—No me diga que tiene usted ideas sobre mí, muchacho —dijo ella—. Si es así, mejor será que beba algo primero.

Me estaba pinchando ahora, pero continué de igual forma.

—Ya estoy suficientemente intoxicado con su presencia —dije.

Ann Colton sacudió la cabeza.

—Eso no le va —me dijo—. Yo le aconsejaría el camino recto, la aproximación ingenua. —Entonces se irguió—. En serio, señor Thomas, ¿es Jay Thomas? ¿Quiere que le haga un combinado?

—Bueno, pero corto —dije.

—¿Corto de qué?

—Escocés. *On the rocks*.

Ella asintió y me indicó que pasara a la otra habitación. No necesitaba mucho para seguirla. Cuando caminaba era como observar a una buena bailarina.

En la otra habitación estaba el bar, el bar con el que yo soñaba despierto. A través de la ancha ventana apaisada se podía ver el embarcadero allá abajo.

—¿Tiene una motora nueva? —pregunté como por casualidad, mirándola.

Ella levantó la cabeza de lo que estaba haciendo, había estado vertiendo las bebidas, y dijo:

—Sí. Es de Henry, por supuesto.

—¿De quién?

—Henry Colton. Mi ex amante esposo. Era el dueño de esta casa y de todo lo que contiene, hasta hace tres meses.

Me entregó un vaso; era un vaso antiguo y la bebida era muy corta.

—Llegué a un acuerdo con él. Ahora me pertenece todo lo de la finca, incluyéndome a mí.

Ella levantó su vaso.

—Bien; brindemos por el debido y ordenado progreso de la ley.

Bebimos. Levanté los ojos y la descubrí mirándome por encima del borde de su vaso.

—¿Le parezco una mujer calculadora, señor Thomas?

—No; de ninguna forma.

—Entonces me siento desilusionada.

Se sentó en un taburete del bar y golpeteó con la mano el más próximo. Me uní a ella mientras continuaba:

—Porque eso es lo que soy, desde ahora en adelante. Una mujer de mundo, fría y calculadora, desilusionada por un matrimonio demasiado prematuro con un hombre indigesto, de mediana edad, un negociante asqueroso que... ¡oh, infierno!

No soy un niño. Tengo veinte años. He recorrido mundo. He oído jurar a las mujeres; cuando se emborrachan son capaces de decir cosas que nunca diría un tipo que haya estado seis años en la Marina.

Pero cuando ella dijo una cosa tan simple como ésta: «¡Oh, infierno!», parecía ponerle algo. A pesar de que realmente había un infierno, y ella había estado en él durante mucho tiempo y sabía de lo que hablaba.

—¿Sabe lo que me sucede? —dijo ella—. Estoy loca por entrar en movimiento. Loca por la acción. He estado sentada aquí durante los últimos meses mirando la televisión, y un día más viendo esos monos sonrientes de los programas y me pego un tiro. Algunos me recuerdan a Henry, la sonrisa comercial y todo eso.

Yo no dije nada.

—¿Le estoy molestando? Lo siento. Este confinamiento solitario acaba conmigo. Por eso trato de mantener ocupada la imaginación decorando la casa y arreglando todo. Pero lo que realmente necesito es alguien con quien hablar.

—¿No conoce a nadie en los alrededores del lago? —pregunté.

Ella asintió y al hacerlo su pelo me pareció trigo movido por el viento, o puede que sólo fueran los efectos de la bebida.

—Los conozco a casi todos. A la mayoría de los que se quedan aquí durante todo el año. Los jugadores y los bebedores de ginebra. No hablan de cosas de mi gusto... todos creen que me casé con Henry por su dinero. —Ella rió—. Y el caso es que tienen razón.

—¿Pero qué hay de sus amigos? Los que tenía antes. Volvió a reír.